

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La centésima Princesa

Érase una vez un rey que se pasaba el día cazando animales. Los conejos de su reino le tenían tanto miedo que nacieron con el corazón en la boca.

En el bosque vivía la Hechicera Verde. Todos los días observaba con gran tristeza la fiesta de caza Real. Le disgustaba mucho que mataran a los animales para diversión del rey. Por lo tanto, no fue demasiado extraño que decidiera encantar al rey. Una hermosa tarde de verano, se encontró con el rey en el bosque. Estaba paseando solo, preocupado porque aquel día no había encontrado nada que matar. De repente, oyó una voz que decía:

—¡Buenas noches, rey! ¿Cómo estás?

El rey miró a su alrededor, y allí vio a una hermosa muchacha. Llevaba un vestido verde y estaba sentada al pie de un viejo tilo. Tenía un precioso pelo rojo oscuro que le caía por el suelo. No supo qué decir, pues sabía poco de chicas y había pasado toda su vida sólo matando animales.

—No ha sido un buen día —respondió el rey—. Hoy no había ni un solo animal en el bosque.

—Quizá se hayan ido todos, tú harías lo mismo si viniera la gente a cazarte para matarte —dijo la Hechicera Verde. Entonces se echó a reír, y el rey no tenía ni idea de que se estaba riendo de él.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó el rey a la muchacha.
—Porque probablemente sé más sobre este bosque que tú sobre todo tu reino —
respondió la Hechicera Verde.

—Tal vez —dijo el rey—, no tengo dudas. ¿Me dirías todo lo que sabes sobre este bosque?

—No tengo ganas de contarte ahora —dijo la Hechicera Verde.



El rey lo dejó así y se marchó. Preguntó a sus súbditos si había alguna bruja viviendo en el bosque.

—La Hechicera Verde vive en el bosque —respondió el jefe de los cazadores—. Nunca la he visto, pero se dice que es la mujer más hermosa del mundo.

—¡Claro que sí! —dijo el rey. Al día siguiente corrió hacia el viejo tilo. Allí estaba la hermosa muchacha.

—¿Por qué has regresado? —preguntó.

—Me han dicho que eras la mujer más hermosa del mundo, así que he venido a saber si es verdad —dijo el rey.

—Y ahora que estás aquí, ¿crees que sea cierto? —preguntó la muchacha.

—Supongo que sí —dijo el rey titubeando—. Pero no sé mucho de chicas. Si fueras un jabalí, sí entonces...

—¡Pero no soy un jabalí! —gritó la Hechicera verde. Y se enfadó tanto al ser comparada con un jabalí que, sin

pensarlo, hechizó al rey con la intención de convertirlo en jabalí. Pero no ocurrió nada. El rey no sabía que ella quería hechizarlo.

Sobresaltada, la muchacha huyó entre los árboles. El rey se preguntó qué había hecho para ofenderla. En realidad, no tenía ni idea, porque, como él mismo había dicho, no sabía nada de mujeres. Y era cierto. La Hechicera Verde corrió hacia su padrino, el sabio mago Smilax.

—¿Qué está pasando? —preguntó Smilax.

—No lo entiendo. ¿Cómo es que no puedo encantar al rey? —refunfuñó la Hechicera Verde.

—Algunos reyes son más fáciles de encantar que otros —comentó sabiamente el mago—. Bueno, ¿qué quieres que haga por ti?

—Quiero que me conviertas en princesa. Así podré ir a la corte y bailar con el rey. ¡Pero quiero ser una princesa de verdad! —exclamó la muchacha.

Smilax negó con la cabeza.

—No puedo ayudarte con eso —dijo—. Nadie puede hacer una princesa de verdad, ni siquiera la mismísima Reina de las Hadas. Las princesas de verdad se hacen a sí mismas, y eso es algo totalmente distinto.

—¿Entonces nunca podré ir al palacio? —preguntó la bruja con tristeza.

—Por supuesto que podrás —dijo Smilax—. También puedes ir al castillo sin ser princesa. Pero debes renunciar a toda tu brujería en el momento en que pongas un pie en el palacio. No es posible ser una persona normal y una bruja al mismo tiempo.

—No me importa —dijo la bruja—. Si no puedo encantar al rey, ya no quiero ser una bruja.

Así que se fue a palacio y se convirtió en la nueva ayudante de cocina. Un día se encontró con el rey entre las verduras. Se había atado un paño verde brillante alrededor del pelo. El rey no pudo reconocerla. Pero el paño verde brillante y el pelo rojo oscuro que sobresalía un poco hicieron que el rey pensara en algo. Así que se detuvo y la miró.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Recojo alubias para la cena del rey —respondió la criada.

—¡Qué amable eres! —exclamó el rey, que siempre pensaba que las alubias para su cena se recogían solas—.

¿Puedo echar un vistazo?

Ella le mostró su cesta, y el rey vio en ella unas hermosas flores rojas.

—¿Esas son alubias? —preguntó el rey, pensando que nunca había visto algo tan encantador.

—Eso espero —dijo la muchacha, pues no sabía mucho más que el rey.

Todo el mundo se dio cuenta de lo distraído que estaba el rey aquel día. Cuando sirvieron la comida, el rey llamó al primer ministro.

—Pensé que iba a comer alubias... —dijo decepcionado.

—Acaba de comerse las alubias, Su Majestad —dijo el primer ministro.

—¿Qué? —exclamó el rey mientras miraba su plato—.

¿Son estas las hermosas alubias escarlata que crecen en mi jardín? ¡Imposible!

—Se ponen verdes cuando se cocinan, Su Majestad —dijo el primer ministro, que no había visto crecer una alubia en su vida.

—A partir de ahora, dame mis alubias antes que se cocinen —dijo el rey, y el primer ministro tomó nota. Aquella noche hubo una fiesta en palacio y el rey bailó con noventa y nueve hermosas princesas. Pero ninguna de ellas tenía el pelo rojo oscuro y, cuando terminó de bailar con la nonagésima novena princesa, preguntó al primer ministro:

—¿Dónde está la centésima princesa?

El primer ministro sabía tan poco de la centésima princesa como de las alubias, así que dijo:

—Nunca he oído hablar de la centésima princesa, Su Majestad —luego se marchó rápidamente de la fiesta para evitar más preguntas difíciles del rey.

A la mañana siguiente, el rey volvió a pasear por su jardín. La criada de la cocina paseaba entre los arbustos de grosellas. Cuando el rey se acercó a ella, le dijo:

—Estoy buscando salvia para rellenar los patos del rey, pero no sé ni qué es ni qué aspecto tiene.

—No estés tan triste —dijo el rey, pues sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Yo soy el rey y no me importa si mis patos están rellenos o no.

—Pero a mi cocinero le importa —respondió la muchacha—. No estará contento si no lleno esta cesta de salvia. Ya se enfadó mucho conmigo ayer cuando le llevé las alubias equivocadas. Podría despedirme.

—Ven conmigo —dijo el rey—, y te ayudaré a encontrar salvia. Así los patos del rey estarán rellenos y el cocinero no te despedirá.

Así que el rey y la cocinera fueron en busca de salvia. Pero, por supuesto, el rey tampoco tenía ni idea de lo que era la salvia. En su lugar, encontraron una mata de romero.

—¿No huele bien? —dijo la criada mientras recogía un puñado y se lo daba al rey.

—¡Claro que sí! —exclamó el rey—. Esto debe ser exactamente lo que buscamos.

El jefe de cocina se consideraba demasiado importante para rellenar personalmente los patos, así que se lo dejó a la criada. Aquel día, sólo dos personas disfrutaron de la cena: el rey y la criada, que se comieron las sobras en la cocina.

Y así continuó durante días. Cada vez menos gente podía disfrutar de la comida porque contenía ingredientes milagrosos de la huerta que sabían fatal. El rey iba todos los días con la criada de la cocina en busca de algo nuevo, y nadie se atrevía a quejarse al rey porque todos veían lo mucho que parecía gustarle la comida.

No pasó mucho tiempo antes de que la gente empezara a preguntarse qué le pasaba al rey. Ya nunca se acercaba al bosque real. Y cuando no estaba en el huerto, se lo podía encontrar en la biblioteca buscando libros que le dijeran la diferencia entre un plátano y una coliflor. El cazador jefe y todos los demás cazadores se aburrían como nunca. Pero los jabalíes y otros animales

estaban más contentos que nunca. Incluso los conejos volvieron a atreverse a mostrarse en público.

—La Hechicera Verde debe haber hechizado al rey —se decían unos a otros. Y tal vez tuvieran razón.

Una mañana, el rey preguntó a la criada de la cocina si quería venir a la fiesta del palacio.

—Van a venir noventa y nueve princesas. Tú no lo eres, pero me gustaría que tú también estuvieras.

La criada sacudió la cabeza y dijo:

—No iré. Sólo soy una criada de cocina y nadie, ni siquiera la Reina de las Hadas, puede hacer de mí una princesa de verdad.

—Tú eres la centésima princesa —dijo el rey—, y nadie, ni siquiera la Reina de las Hadas, puede hacer de ti una criada de cocina.

—Las otras noventa y nueve princesas —suspiró la criada de cocina—, nunca han llevado un vestido tan viejo como el mío.

—Nunca se han visto ni la mitad de hermosas ni encantadoras —dijo el rey.

Aquella noche, en la fiesta, apareció la centésima princesa. Allí estaba, con su vestido viejo y el pelo recogido bajo un pañuelo verde brillante. La seguía el jefe de cocina, con un cucharón en la mano. Detrás de él caminaba el primer ministro, seguido del jefe de cazadores.

—¿Quién eres? —preguntaron las noventa y nueve princesas.

—No es más que una criada de cocina —gritó el jefe de cocina, agitando su cucharón.

—Es la Hechicera verde —jadeó el jefe de cazadores. Fue el rey quien puso fin a la conmoción.

—Es, por supuesto, la reina —dijo amablemente, acercándose a ella y tomándola de la mano. Y a nadie se le ocurrió contradecirlo, porque, aunque las princesas de verdad deban hacerse a sí mismas, es bastante seguro que cualquier rey puede hacer una reina. Cuando las noventa y nueve princesas vieron lo encantadora que era la pequeña reina, la abrazaron y le dieron noventa y nueve besos.

—Dinos —le preguntaron después—, ¿eres realmente la Hechicera Verde?



—Oh, no —respondió—, renuncié a toda mi brujería cuando descubrí que no podía encantar al rey.

—¿Por qué querías hechizarme, amor mío? —preguntó el rey sorprendido.

—Porque te gustaba mucho matar animales —dijo.

—Entonces mientras viva, ¡no volveré a matar! —juró el rey.

Y ahí se acabó el cuento, porque cuando los conejitos se enteraron de que el rey había renunciado a la caza, dieron un gran trago y se tragaron el corazón. Y después de eso, no hubo nadie en el reino que no fuera feliz, porque el corazón de todos estaba en el lugar correcto.